

ante todo la fe.—¿Qué es, pues, lo que el hombre debe á Dios? Sobre este punto no hay más que una respuesta: Debe darle todo lo que ha recibido de Él, es decir, todo. Es esta una palabra compleja que podemos descomponer en varias partes, sin agotarla, pero es también una palabra que se deja explicar fácilmente, y con mucha sencillez, por medio de este principio: Lo damos todo á Dios, si nos entregamos á Él. Si le damos todo lo que nos es exterior, pero no nos entregamos nosotros mismos, nada le damos; pero si nada tenemos, y nos entregamos á Él sin reservas, queda satisfecho.

Lo que el hombre posee en primer término, y lo que en él hay de más importante, es la inteligencia. En verdad puede decirse que la inteligencia es el hombre mismo. Si, pues, no hacemos á Dios el sacrificio de nuestra inteligencia, nada le damos; no tenemos religión ⁽¹⁾ que en verdad merezca este nombre. Ahora bien, sabemos que el sacrificio de la inteligencia á Dios, ó su sumisión á Él, sólo tiene lugar por la fe. Sin el sacrificio de la fe, no hay, pues, virtud de religión. ⁽²⁾ Extraña religión sería, si uno dijese con el dulce fervor de Jacobi: «No quiero existir, si no existe Dios, pero un Dios tal, que yo pueda representármelo; tal, que pueda amarlo». ⁽³⁾ Sería una extraña religión, si alguien tomase por norma de conducta las palabras de Schiller: «Acoged á la divinidad en vuestra voluntad, y descenderá del trono desde el cual rige al mundo». ⁽⁴⁾

No, la religión no debe hacer descender á Dios hacia nosotros hasta el polvo, sino que quiere levantarnos del polvo hasta Dios. Sin fe en un mundo sobrenatural, ó, como dice el pueblo, en el otro mundo, ó, hablando científicamente, sin transcendencia, no hay religión. Pues si es justo el principio que se predica hoy día de que basta al

(1) Is., LXVI, 2.

(2) Lactant., 4, 1, 3, 4. Augustin., *De util. cred.*, 9, 21.

(3) Jacobi. *Von den göttlichen Dingen* (III, 428). Fichte, *Beiträge zur Charakteristik der neuern Philosophie*, (2) 324.

(4) Schiller, *Die ideale und das Leben*, G. W. 1835, I, 369.

hombre servirse á sí mismo y al mundo, y necesita, como dice Bebel, navegar por el vacío; si la religión debe ser juzgada por este principio, entonces las más perfectas religiones son la esclavitud y el egoísmo. ⁽¹⁾

Claro es que la religión se encuentra sólo allí donde el hombre cree en lo sobrenatural; más claro, allí donde su espíritu está unido á Dios. Decimos *unido*, pues no debemos representarnos á Dios según nuestro capricho, sino que debemos transformarnos según Dios.

Nuestro lenguaje, al revés del de Jacobi, debe ser el siguiente: «No quiero existir, si no soy de Dios, y tal como Dios me quiere, como él pueda amarme. Quiero someter mi juicio á Dios, y transformar, según su sabiduría y voluntad, mi espíritu y corazón».

Ahora bien, la fe es la primera condición y el primer camino para llegar á éste resultado. De aquí que se haya dicho: «Sin fe es imposible agradar á Dios». ⁽²⁾ «Lo que los ojos de Dios quieren ante todo, es la fe». ⁽³⁾

7. En segundo lugar, la moralidad, y aun la virtud.—En segundo lugar, pertenece al hombre la voluntad. También ella debe ejercer su acción para que la fe se convierta en viva, y para que el ejercicio de la religión sea digno del hombre. ⁽⁴⁾ Nada diremos de esa medianía que, con Hegel, hace desaparecer la religión en una ciencia estéril, ó, según la vieja ortodoxia protestante, en la fe muerta. Las siguientes palabras de San Agustín se aplican perfectamente á una religión sana: «La religión consiste en que el hombre imite á Aquél á quien adora». ⁽⁵⁾

De otro modo, la fe y el culto de Dios no nos proporcionarían honor alguno, sino confusión; no elevación, sino una causa de condenación.

Podemos, pues, dar razón al Racionalismo cuando concede tanta importancia al principio de que la verdadera re-

(1) Weiss, *Lebensweisheit* (5), y sig. Más abajo, VIII, 4.

(2) Hebr., XI, 6.

(3) Jerem., V, 3.

(4) Thomas, 2, 2, q. 83, a. 3, ad 1.

(5) Augustin., *Civ. Dei*, 8, 17, 2.

ligión consiste en vivir honestamente. Jamás el Cristianismo ha dicho otra cosa. ¡Ojalá pudiesen tan sólo los que hablan con tan buena voluntad de honestidad, tomar siempre á pecho lo que la Sagrada Escritura enseña: «Si alguien se cree religioso sin poner freno á su lengua, dice la palabra de Dios, se engaña á sí mismo y su religión es vana. La religión pura y sin tacha ante Dios consiste en cuidarse de los huérfanos y de las viudas sumidas en la desgracia y en preservarse de la mancha del pecado». (1) Si no podemos dar pruebas de un corazón puro, de una voluntad virtuosa y de una verdadera práctica de la virtud, nadie más que la Ley del Evangelio nos censurará por carecer de verdadera religión, ni nadie menos que ella se contentará con las palabras huecas de honestidad y de humanidad, ni nadie insistirá con más energía en los actos de caridad con relación al prójimo, en la conservación de la castidad, en las obras de penitencia, en la necesidad del sacrificio, de la renuncia personal, de la humildad, de la modestia, exigiendo además actos tan importantes, que puedan desafiar la balanza divina, y tan puros, que puedan sufrir la prueba del fuego en el día del juicio final. (2)

No se dice, pues, nada de particular, cuando se afirma que no hay religión sin honestidad. Ningún hombre honesto se contenta con la simple honestidad, y menos que todos el hombre que tiene religión. Nosotros los cristianos vamos más lejos y decimos resueltamente: «Sin vida virtuosa, sin práctica enérgica de la virtud, de una virtud pura, verdadera, completa, tanto desde el punto de vista natural, como del sobrenatural, la religión no es más que un nombre vano. Ni siquiera creemos que hay religión allí en donde no encontramos virtud alguna que sea practicada por respeto á Dios, porque sólo en la que así se practica, reconocemos la virtud completa, la virtud con la cual se puede contar».

(1) Jac., I, 26, 27. Amos, V, 22 y sig. Mich., VI, 7, 8. Zac., VII, 9. Thomas, 2, 2, q. 81, a. 1, ad 1; q. 186, a. 1, ad 2.

(2) Matth., XXV, 34 y sig. 1 Cor., III, 13 y sig.

Nos expresamos con gran moderación. Y nadie es más capaz de apreciar esto, que el Racionalismo, porque nadie sabe tan bien como él lo que es en realidad esa honestidad que se practica sin relación alguna con motivos religiosos. Los mismos paganos tenían una idea muy pobre de la virtud de hombre honesto, ó mejor, de los discursos sobre la honestidad de aquellos que negaban á Dios. Religión y práctica de la virtud son dos cosas, de tal modo unidas, que no puede existir la una sin la otra. Donde no hay virtud, no hay religión. Sin religión, no hay virtud pura y verdadera. No miramos, sin embargo, como un réprobo al que no tiene religión, y admitimos que es posible cierta moral natural, aun allí en donde la fe y la caridad para con Dios no existen. Pero esto no es más que una moral defectuosa y débil. Ó no admitir verdad alguna, ó confesar que la religión y la vida moral, separadas, no pueden existir intactas. No hay moral libre, es decir, no hay verdadera moral sin religión, y del mismo modo, no hay verdadera religión sin moral. La supuesta moral libre es la muerte, tanto de la religión como de la virtud; la sola tentativa de querer crear una moral independiente de toda religión, no sólo es un signo de decadencia de la religión, sino también el pronóstico de la ruina cierta de la verdadera moral.

8. La moral libre no es posible y no existe en realidad.—Esta verdad está ciertamente en contradicción flagrante con una de las concepciones más caras al espíritu de la época. Puédese muy bien decir que, entre sus principios, pocos hay que se prediquen tan alto y tan á menudo como la afirmación de que se puede vivir, y vivir honestamente, sin estímulos religiosos, y que los motivos humanos que inducen á obrar tienen más fuerza aún que aquéllos para el bien. (1) Bayle ha tratado ya esta doctrina con predilección, y á su influencia debe sobretodo atribuirse su penetración tan profunda en los espíritus. El libre pensamiento se ha apoderado de ella con todo ese fanatis-

(1) J. H. Fichte, *Die philosoph. Lehre von Recht, Staat und Sitte* (Ethik, I), 484 y sig. Pachtler, *Gaetze der Humanität*, 266 y sig.

mo que constantemente manifiesta, allí en donde encuentra materia que cree á propósito para poder abrir brecha en la muralla del orden antiguo. En tiempos de José II, los masones austriacos no se cansaban de repetir que poseían nuevos estimulantes para la virtud, los cuales reemplazarían superabundantemente las muletas gastadas de la religión, y que sólo para desligarse de ésta, habían logrado, gracias á su celo masónico puramente humano, fundar una sociedad que no respiraba más que virtud. ⁽¹⁾ Desgraciadamente, ellos, y sus hermanos de la Montaña y de la Charca, en Francia, respiraron demasiado fuerte y elogiaron demasiado á la virtud, para que les quedase tiempo de ponerla en práctica, á menos que las matanzas en masa y las otras atrocidades de la gran Revolución no se consideren como actos pertenecientes á esta moral, cosa que, sin embargo, no quisiéramos afirmar.

La verdad es que la moral libre se considera completamente desligada de la obligación de practicar como de la obligación de reconocer una religión, y que despliega toda su energía para dar á su lengua un curso tan libre como posible. Si todo dependiese de los discursos, suya sería incontestablemente la victoria, porque supera evidentemente á todas las escuelas filosóficas en la enfermedad de condenar y censurar la fe y la religión, así como en embriaguez por su valor personal. Cosa muy característica es que las numerosas sectas representantes de esta tendencia fundadas en nuestros días, particularmente en la América del Norte, ó, como se las llama en este país, las sociedades de educación moral, hayan dado el nombre de *speaker* (hablador) á aquel que representa entre ellos el ministerio sacerdotal. No podría encontrarse una expresión más conveniente para expresar el espíritu que le anima.

Para comprender la debilidad de la llamada moral libre, no hay como examinar lo que, propiamente hablando, constituye su fuerza. Con motivos puramente humanos

(1) Brunner, *Mysterien der Aufklärung*, 4, 6, 21.

quiere hacer superfluas las doctrinas religiosas de la moral y de la fe. Ciertamente, afecta no tener necesidad de motivo alguno, porque la diferencia entre la moral nueva y la moral antigua, entre la moral pura y la moral grosera, entre la moral independiente y la moral interesada, entre la moral libre y la moral no libre, por consiguiente, entre la moral irreligiosa y la moral religiosa, consiste precisamente en que esta última se deja convencer siempre de la virtud de un modo artificial y penoso, en tanto que la primera la practica por sí misma como cosa muy natural. ⁽¹⁾

Á pesar de esto, también busca ella, y ella sobre todo, motivos para la virtud. Más ¿cuáles son estos motivos? Á nosotros nos basta uno, un motivo sobrenatural y espiritual. Pero esa orgullosa moral libre, por lo contrario, aun cuando sólo se trate de una pequeña victoria, tiene necesidad de estimulantes para el bien, en mayor número y más macizos, que las máquinas y fuerzas necesarias para transportar un tren de batir. ¿En qué—dícenos—es necesaria la religión para ser virtuosos? ¿Es que el hombre no encuentra en sí mismo suficientes impulsos para el bien? Cada uno sabe que le es difícil vivir en paz con otro y ⁽²⁾ evitar la confusión, ⁽³⁾ que llegará á no tardar, si no cumple su deber, ó si hace daño á otros. ⁽⁴⁾ ¿Quién no sabe lo que el hombre es capaz de hacer para obtener un provecho, ⁽⁵⁾ por la gloria y para la gloria? ⁽⁶⁾ Tales eran las consideraciones con las cuales se alentaban al bien los antiguos; consideraciones débiles, pero, sin embargo, poderosas; numerosas, aunque insuficientes, pero, en todo caso, honrosas. Ahora bien; aquí, como en todas partes en que han abandonado el terreno de la Revelación, los modernos son

(1) Gizycki, *Moralphilosophie*, 24, 338.

(2) Lucretius, V, 1153 y sig.

(3) Thucydides, 2, 51, 5.

(4) Isocrates (1), *ad Demon.*, 16, 22, 33.

(5) Epictet., *Dissert.*, 2, 22, 16.

(6) Sophocles, *Ajax*, 479 y sig. Euripid., *Iph. Aul.*, 1211 y sig., 1279 y sig., 1383.

muy inferiores á los paganos. Spinoza no encuentra aguijón más poderoso para estimular al bien que la consideración de que es el medio más seguro para conquistar el favor y la aprobación de los demás. ⁽¹⁾ Gizycki cree que la vida, la dicha y el fin general de la naturaleza serían estimulantes suficientes para permanecer siempre fiel á la virtud. ⁽²⁾ Si esto no bastase, siempre queda la idea que, desde la antigüedad, se ha considerado como decisiva, á saber: ¿Qué resultaría, si todos obrasen de esta manera? ⁽³⁾

Pero quien ofrece los más extraños medios para sustituir los motivos religiosos es Bastián, el más encarnizado y presuntuoso de todos los adversarios.

Es una verdadera vergüenza para el hombre—dice—la de presentarle fines sobrenaturales ó solamente filosóficos, cuando las consideraciones naturales más sencillas son completamente suficientes. ¿Cómo la religión podrá impedir á un fondista la falsificación del vino ó de la cerveza? No será tan loco que aleje de su casa á los clientes, vendiendo mercancías averiadas para ganar algunos cuartos más. ⁽⁴⁾ ¿Qué hombre, que reflexione, aducirá razones religiosas para calmar la cólera del que está irritado y sólo sueña en la venganza? El peor de los bandidos sabe perfectamente que no puede sacar provecho alguno de la carne de su enemigo muerto. ⁽⁵⁾

Estos pueriles ejercicios oratorios nos dispensan de pronunciar una palabra para refutar la moral libre. Sin embargo, creemos útil insistir en dos puntos. En primer lugar, todos comprendemos que, con motivos tales como los que ofrece esta moral, no es posible la virtud. Aunque alguien realizara una buena acción por consideración á ella misma, ó bien perdería de su valor, por consecuencia de una intención tan baja, ó bien quedaría despojada por completo de los caracteres de la virtud. Porque toda acción buena en sí mis-

(1) Spinoza, *Ethica*, 3, *prop.* 29 *schol.*

(2) Gizycki, *Moralphilosophie*, 507.

(3) Gizycki, *Ibid.*, 25.

(4) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, I, 227.

(5) Bastian, *Ibid.*, I, 222.

ma recibe su valor del fin por cuya consideración se realiza. Una acción mala no se convertirá seguramente en buena en razón á un buen fin; pero una acción buena exteriormente se convertirá en mala por una intención interior mala, y será baja por una intención egoísta. Si salvo la vida á mi enemigo sólo para que las gentes hablen de mí, he satisfecho mi vanidad, pero no he practicado la virtud. ¿Por qué, pues, hablar tanto de humanidad y de amor al prójimo, cuando no se siente vergüenza en confesar que solamente se ahorra su vida, porque no se puede utilizar su carne y su piel? ¿Sólo es realmente leal y casto el que no se abstiene de pecar abiertamente más que por miedo á la reprobación pública? ⁽¹⁾ Pero esto es respeto humano y no castidad; la virtud no es la cobardía ni la debilidad; sino que es un triunfo conseguido sobre uno mismo; es fuerza y libre elección.

Los mismos antiguos comprendían que semejantes motivos pueden producir actos de vanidad ⁽²⁾ y de ambición, ⁽³⁾ pero jamás actos de pura virtud. No exigían de sí mismos y de los demás casi otra cosa que acciones que ofreciesen exteriormente la apariencia del bien, pero interiormente estaban roídos por el gusano del egoísmo. Con frecuencia todo su esfuerzo con relación á la virtud se limitaba al examen de sí mismos, llegando á veces á una vana deificación personal. Cuando Epicteto dice que el hombre mismo es la medida de sus acciones y de sus opiniones; ⁽⁴⁾ cuando los estoicos llegan hasta afirmar que, el que es suficientemente fuerte y prudente para practicar la virtud únicamente por sí misma, está muy cerca de Dios, ⁽⁵⁾ si no es Dios mismo, confirman nuestra afirmación con sus propias palabras. Que esto no es hoy de distinta manera

(1) Cicero, *De leg.*, 1, 19.

(2) Isocrat., *Helenæ laud.*, (10) 1. *Permutat.*, (15) 84, 258.

(3) Isocrat., *Contra Sophist.*, (10) 4.

(4) Epictet., *Dissert.*, 1, 28, 10.

(5) Plutarch., *Stoic. repugn.*, 13, 2. *Comm. notit.*, 33, 2. Epictet., *Enchirid.*, 15. *Diss.*, 1, 12, 26. Cicero, *Nat. deor.*, 2, 61. Horat., *Ep.* 1, 1, 106 y sig. Seneca, *Constant.*, 8, 2. *Prov.*, 1, 5; 6, 4 y sig. *Ep.* 73, 11.

que ayer, nos lo prueban Kant y el rebaño de sus discípulos, al admitir como buenas únicamente las acciones que el hombre realiza como autónomo, procediendo como su propio legislador, como el único creador y maestro y juez de su conciencia, de su deber y de su virtud.

Lo que acabamos de decir, por severo que sea, no se aplica más que en el caso en que sea exacta nuestra afirmación referente á que uno obre moralmente sometido á la influencia de semejante principio. Pero aquellos espíritus que miran más lejos, que conocen el mundo, nos dicen con toda franqueza que esas frases pomposas sobre la moral libre quedarán siempre en estado de apariencia, ⁽¹⁾ de discursos vacíos, y no se convertirán jamás en actos. ⁽²⁾ Precisamente esos filósofos—nos lo aseguran ellos, y nos lo prueban con suficientes ejemplos—que emplean los términos más vanidosos, son los que se muestran más incapaces de armonizar su conducta con ellos, ⁽³⁾ desde que se trata de ponerlos en práctica. «¿Cómo es posible pronunciar tales discursos?—dice Cicerón.—Poned á un hombre que sólo jure por la moral libre en una estancia tenebrosa ó en un desierto, allí donde, seguro de testigos y de jueces, tenga ocasión fácil de cometer un crimen que le reporte mucho provecho. ¿Ignoráis lo que hará?» ⁽⁴⁾ «Colocad á este mismo hombre—dice Sadi—en una tentación seductora; cerradas las puertas, ningún guardia puede verle; el placer se yergue con violencia ante él, la fruta pende del muro, nadie se ve cerca ni lejos; ¿Crees tú que resistirá á la tentación?» ⁽⁵⁾

Dejamos á los Apóstoles de la moral libre el cuidado de responder á estas preguntas. ¡Ojalá pudiesen mostrarnos

(1) Isocrat., *Panathen.*, (12) 118.

(2) Plato, *Thæetet.*, 15, p. 167, c. *Phileb.*, 35, p. 58, a. *Soph.*, 20, p. 232, b. *Phædo*, 39, p. 90, b. *Phædr.*, 51, p. 267, a. Aristophan., *Nub.*, 877 y sig. Cf. Aristotel., *Rhetor.*, 2, 24.

(3) Aristotel., *Ethic.*, 2, 4, (3) 6. Ciceró, *Tuscul.*, 2, 4. Seneca, *Ep.* 20, 94. Epictet., *Dissert.*, 3, 21. Lactant., *Instit.*, 5, 2.

(4) Ciceró, *Leg.*, 1, 14. Aristot., *Rhetor.*, 2, 5, 7, 8. *Ethic.*, 2, 6 (9), 5. *Problema.*, 29, 5.

(5) Sadi, *Rosengarten*, Von Graf, 145.

actos, ejemplos, virtudes practicadas únicamente á medias! Nos contentaremos con poco. Francamente, habría que confesar que considerarían la empresa como demasiado fácil, si miraban como virtudes lo que Mantegazza dice, con entusiasmo infantil, en su *Catecismo* de la moral de las logias para uso de la juventud: «Saber escribir una hermosa carta, saber de memoria todos los ríos de Italia, saber traducir una página del latín, saber cuáles son los platos más nutritivos, no dejarse vencer en la carrera, hacer bien un diseño, conocer las estrellas más brillantes del cielo, cortarse y limpiarse cuidadosamente las uñas». ⁽¹⁾

Pero dejemos esto á un lado. No juzgamos á nadie, porque tenemos conciencia de nuestra debilidad. Día llegará en que Aquél, á quien le pertenece el juicio, decidirá entre la moral libre y la moral religiosa. Entonces, las palabras orgullosas de esos grandes y esos ricos que creen poder prescindir de la religión, serán puestas en una sola y misma balanza, la balanza de la verdad, con las débiles obras que los pequeños y los pobres han realizado con temor y temblando, en medio de rudos combates, no sin recibir varias heridas, con los ojos fijos únicamente en Dios, su testigo, su juez, su remunerador. Entonces se verá de qué lado estaba la verdadera virtud. Entre tanto, permanecemos fieles á nuestra creencia de que la virtud más pura es la que se practica por los más puros motivos religiosos.

9. Religiosidad y culto externo tributado á Dios.—Sin embargo, aunque pueda parecer al mundo que es una exigencia muy grande para el hombre la de consagrarse por completo y consagrar su vida al servicio de Dios, no todo está contenido en esto, ni la religión es completa. No basta que la inteligencia y la voluntad se sometan á Dios de un modo general, ni que nuestros pensamientos y aspiraciones, semejantes á una llama, se eleven sin cesar hacia á Dios, nuestro soberano Señor, del altar del corazón, como un puro y eterno sacrificio de justicia.

(1) Mantegazza, *Lebensweisheit für die Jugend*, 45 y sig.